

misa no hay baile», de modo y manera que el párroco de la catedral autorizó a un sacerdote para celebrar misa por tercera vez, a fin de que las españolas cumplieran con el precepto dominical. Luego, en la pradera deportiva se renovó el entusiasmo del día anterior. Bajo un sol claro y frío y una yerba verde y tierna, la romería española lució como nunca. Veinticinco mil argentinos conocían el aire de España. Al despedir a los Coros y Danzas el director de Radiodifusión, reventó su copa contra el suelo.

—Que los trozos de esta copa se vuelvan a unir —dijo—, cuando se borre el amor que sentimos por España.

Y el párroco de la catedral, conmovido por la devoción con que oyeron la misa, por el rezo impresionante y litúrgico del Castillo de la Mota, les dijo adiós con estas palabras: «Dios os bendiga y bendiga a España, porque vuestra Patria y vosotras siempre sabéis dar el justo ejemplo.»

Venían contentas las chicas, y yo imaginaba la razón. Es a la hora del prado y del tamboril cuando los pueblos se reconocen o se devuelven las cartas; y en el césped futbolístico veinticinco mil gargantas festivas celebraron la «muñeira» y el «fandango», la gentil «sardana» y la «jota» valerosa, el «quita y pon» cacereño y el báquico frenesí de la Rioja, los ritmos asturianos y la majestuosa fragancia de las «sevillanas». Se encontraban los argentinos, en aquellos bailes, y el vestido y el paso de las canarias eran como la antigua profecía de las Américas.

Después de todo esto no era difícil cargarse al Luna Park. La bandera ondeaba en el saludo con la conmovedora eficacia de una palabra mágica. Si tenemos en cuenta que, aparte el famoso desfile de los marinos del *Galicia*, y según cuentan

los viejos residentes, ésta fué la primera vez que se paseó en público la enseña de nuestra Patria, el resultado es extraordinariamente favorable. A los cinco minutos de acabada la función del Luna —quién podía decirlo— me dijo: «Se trata de lo más importante que hemos hecho en América, al menos desde el viaje de la infanta Isabel, allá por 1910.»

¡Cómo era España el cerco del Luna Park! Podría reunir todos mis recursos de oficio y lanzarlos a la descripción de lo que fué aquello del Luna Park. Pero el mismo oficio me aconseja, por razones tanto de brevedad como de objetividad, trasladar esta tarea al barista del local, un hombre más bien escéptico en materia de formas de silencio, el cual me dijo: «Es la primera vez en mi vida que veo esta sala silenciosa, y también la primera vez que no oigo ni un silbido, ni una mala palabra. Da gusto.»

Y sacaba lacónicamente la consecuencia: «Se explica, claro, porque una cosa como ésta aquí no se ha visto jamás.»

Cuando el baile del saludo a la bandera estaba próximo, me remonté hasta lo más bronco de un tendido de sol. Juro que allí había más de un comisario político. Juro que jamás he oído un tan concreto y rabioso clamor en honra de nuestra bandera. No podré olvidar nunca aquel instante: mi bandera aplaudida, rugida por todos aquellos hombres —muchos de los cuales la combatieron y muchos de los cuales la defendieron—; mi bandera, como una reina en el corazón popular de Buenos Aires. Una de las cosas que, babeante ya, si Dios me da salud, contaré a mis nietos para demostrarles que nosotros valíamos más que ellos, será ésta. Sin miedo a equivocarme, puedo garantizar que una tercera parte del tiempo de duración del espec-